

*Contextos y texto de una crónica  
Libro tercero de la historia religiosa  
de la Provincia de México de la Orden  
de Santo Domingo de fray Hernando Ojea,  
O. P.*

José Rubén Romero Galván (editor)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

238 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 6)

ISBN 978-970-32-4868-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de octubre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/contextos/texto.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

enterrar el día siguiente que era el de la Asunción de la Virgen María Madre de Dios y Señora Nuestra, a la misa mayor en el entretanto que él la diría o oiría en el cielo. Y así fue que él se dispuso todo aquel día y noche como hombre que estaba cierto de todo lo que había dicho y debía de haber tenido revelación de ello. A la mañana recibió los santos sacramentos de la eucaristía y extrema unción, y con un pequeño accidente dio el alma a su criador a las siete y media de la mañana. Y luego a la misa mayor se le dio sepultura en el capítulo del mismo convento como él lo había dicho; en la segunda del segundo orden según la cuenta que arriba dijimos en las vidas precedentes. En el cual día nació, en el mismo profesó y cantó misa. Murió de ochenta años y tomó el hábito de 20. De modo que nació en el de Cristo 1523 y los sesenta fue fraile. Fue de mediana estatura, de ancha espalda, muy calvo, como el santo papa Pío Quinto, la nariz larga como él, aunque no curva, blanco y bien proporcionado en todos sus miembros, y tengo por muy cierto que murió virgen.

Dichosa muerte

1523

## CAPÍTULO 25

## DEL BENDITO FRAY DIEGO DE MEDELLÍN, LEGO

Fue el bendito fray Diego de Medellín natural de la villa de Medellín en Extremadura, hijo de Luis de Hermosa y Ana Flores, su mujer, labradores y hijosdalgo, por serlo allí los de estos apellidos y ser ellos también Maldonados y Monroyes, que también es gente noble y principal. Nació el día de Todos Santos del año de Cristo 1537 y entretúvose en su pueblo en la labranza de su hacienda, como su padre, hasta el año de Cristo 1567 que pasó a esta Nueva España, y luego el año siguiente, 1568, tomó el hábito de lego en este convento de Santo Domingo de México; porque aunque sabía leer y escribir suficientemente para estudiar y pasar adelante en el ejercicio de las letras, no quiso seguir este camino. Y dejando por humildad el nombre de Flores que había tomado de su madre, se llamó Medellín por haber nacido en aquella villa. Era hombre robusto, de más que de mediana estatura, la cabeza grande y el rostro ancho y feroz, el cabello castaño y la barba algo rubia (todo lo cual mezcló después en la vejez con muchas canas), de fornidos y bien proporcionados miembros, diestro en las armas y valiente (de lo cual dio muchas veces muestras antes de fraile). Y así era también de buen entendimiento y habilidades. Leía y escribía bien como dijimos, lo que era necesario para cualquier secular. Tañía una vihuela, cantaba y danzaba bien, y así tenía también habilidad para

1537

1567

1568

cualquiera obra de manos de las que son necesarias para una casa, las cuales hacía él por las suyas propias sin ser mandado siempre que advertía ser necesario, y también cuando era mandado por los preladados. Procuró desde luego entablarse muy de veras en la frailía y costumbres de la religión que había de profesar, y dar de mano a todo aquello que le podía inquietar. Diole un amigo suyo unas horas para en que rezase el oficio de Nuestra Señora, el de difuntos y otros devotos que allí hay y a lo que parece debió de ser traza del demonio para inquietarle; porque a pocas veces que le rezó comenzó a sentir en sí unos bríos de altivez y deseos de hacerse del coro y conociendo él que esto era ilusión del demonio, volvió las horas al que se las había dado y acudió a su rosario y devociones antiguas, con firme propósito de no ocuparse más en semejantes lecturas aunque santas porque no le inquietasen. Comenzó también a cercenarse la comida y bebida y lo que es el regalo de ella; porque aunque todo esto es muy moderado en la orden y apenas lo que basta para sustentar o entretener el cuerpo humano, a él le pareció quitarse algo de ello por Dios, por cuyo amor había dejado también su hacienda y todo lo que en el siglo podía granjear. Y así dejó desde luego el vino que es una grande parte del sustento del hombre; el cual no quiso beber en más de diez años, hasta que después, por su mucho trabajo y amonestaciones de los preladados le volvió a beber, con lo cual pasó hasta el año de 1600 que habiéndole jubilado de los trabajos corporales por su vejez y enfermedades, él se quitó otra vez el vino víspera de la Ascensión, del mismo año y no le bebió más hasta que murió, si no era algún día de purga. Ni bebía más de un solo jarro de agua de hasta dos cuartillos cada día, que era muy poco para sustentar el gran cuerpo que tenía, y así fue esto una de sus mayores penitencias y la que él más sentía. En la comida fue también muy abstinerente, guardó siempre puntualísimamente los ayunos de la orden, que son como dijimos siete meses del año, desde catorce de septiembre hasta Pascua de Resurrección, sin los viernes, vigiliias y otros días que para esto señala nuestra Constitución en los cinco meses restantes. Y en más de 24 años antes que muriese nunca comió más de una vez al día, y ésa en el refectorio y a mediodía el tiempo que pudo andar en pie y después en la enfermería. De modo que en todo este tiempo ni cenó ni hizo colación. Y si alguna cosa de regalo había alguna vez en la comida, de mediodía, esa dejaba por amor de Dios. Tuvo algunas veces tentación de comer unos buñuelos y aunque pudiera tenerlos con facilidad, y algunos religiosos que lo entendieron se los ofrecían, nunca quiso comerlos por no dejarse vencer de la tentación, que entendió lo era. Y así tampoco quería ni quiso admitir otras cosas de regalo que le daban.

Fue muy humilde en todas sus cosas, y así nunca quiso admitir el término honorífico de padre ni de reverencia, con que tratan y respetan comúnmente a solos los sacerdotes en su provincia desde el provincial hasta el recién ordenado (porque otro término no hay entre ellos), mas se contentó con el de hermano y de caridad, con que tratan a los demás religiosos que no son sacerdotes. Cuando algún secular u otra persona le pedía resolución en algún caso de conciencia o cosas semejantes, decía que a los sacerdotes y padres se había de acudir por aquellas resoluciones, y no a él que era motilón y el asno de su orden, y con este término y otros semejantes se aniquilaba muchas veces. Cuando la obediencia le jubiló de los trabajos ordinarios, que fue cuatro años antes de su muerte, no quiso vivir en celda que pudiese ocupar otro religioso, mas se pasó a un pequeño aposento que estaba dedicado para mozos de servicio en la cocina de la enfermería, de donde le hizo pasar el prelado dos años antes que muriese a una celda de la enfermería. Fue muy penitente en todas sus cosas y enemigo de sí mismo. Azotábase cada noche reciamente con una disciplina; siempre vistió lana y nunca lienzo, y a la raíz de la carne traía un áspero silicio que se le halló cuando murió, y a las espaldas una cruz de madera con tres clavos, como luego diremos. Procuró siempre estar bien ocupado, sin elegir la ocupación ni el modo de ella; porque tan contento estaba trabajando en la cocina, como en la huerta, en la obra y otras ocupaciones semejantes. Particularmente pasó lo más del tiempo en asistir a la obra de este convento de Santo Domingo de México que fue mucha por ser muchos los edificios de él como dijimos; y en estas ocupaciones procuraba traer siempre ocupado el entendimiento en ellas si la materia lo pedía, y si no meditaba y contemplaba otras cosas provechosas al alma, y así se ocupaba también en oración y contemplación cuando las ocupaciones exteriores le daban lugar. Por lo cual y por acudir siempre a los maitines a media noche, era muy poco lo que dormía y mucho lo que trabajaba. Tañió catorce años a maitines a media noche y siempre con tanta puntualidad, que en acabando de dar las doce el reloj (del cual también tenía cuidado) daba él los trece con la campana. Y en treinta y seis años que fue fraile, nunca pidió licencia para salir del convento ni salía si no era por la obediencia. Por todo lo cual fue castísimo sobre manera. Nunca se le conoció liviandad alguna, no sólo en esto, pero ni aun en otra cosa; y así era muy recatado en todas sus palabras y obras, de tal manera, que en ninguna se le notó liviandad, descuido, ni palabra mal sonante. Porque por maravilla hablaba sino cosas necesarias y de edificación. Muy puntual en la obediencia, en tanta manera, que en los mandatos de los prelados no

c. 2

quería admitir glosas o interpretaciones, y si alguna admitía era raras veces, y con grande dificultad. Muy pobre, sin tener cosa de consideración fuera del vestido ordinario y ése de jerga vasta. Muy compuesto y mortificado. Devoto de la Virgen Nuestra Señora (cuyo rosario procuraba rezar cada día) y de otros muchos santos, a quien rezaba algunas devociones. Y en particular lo fue mucho de Cristo Nuestro Señor, de los misterios que por nosotros obró, de su muerte y pasión, de los instrumentos de ella y en especial de la cruz, la cual ponía y pintaba en los árboles, y generalmente en los lugares cómodos y decentes que hallaba en casa y fuera de ella, en los bancos o escaños junto a los cuales se ponía para oír misa o estar en oración para tenerla siempre a la vista y cerca; y en cada uno de los dos órganos que hay en Santo Domingo de México; porque cuando se tañía en el uno se pasaba a el otro, por tener más quietud y en todas partes su consuelo. Y porque deseaba imitar en todo a Cristo Nuestro Redentor trajo siempre los últimos diez años de su vida una cruz de madera colgada a las espaldas, de una cuarta o tercia en largo, dos dedos de ancho, casi uno en grueso, con tres clavos proporcionados al crucifijo y las cabezas redondas, que lo uno y lo otro es de suyo muy penoso cuando él no lo endulzara con la consideración de la pasión del Redentor por cuyo amor e imitación la traía. Y así hizo también de su mano un retablillo de cortaduras de papel sobre negro, cuya figura principal es la cruz, y a la redonda de ella los otros instrumentos de la pasión del Redentor, el cual dio antes que muriese por joya muy preciosa al religioso que le confesaba, porque no tenía otra imagen ni cosa de valor.

Confesaba y comulgaba tres veces cada semana, conviene a saber: los domingos, martes y jueves, aunque por ocasión de algunas fiestas intermedias trocaba algunas veces el orden de los días. Luego que los prelados le jubilaron del trabajo ordinario (como no sabía estar ocioso) se ocupó en aderezar todos los libros de canto del coro del mismo convento de Santo Domingo de México, que son muchos y muy grandes; los cuales tenían maltratados los ratones por haberse comido las pieles con que estaban aforrados. Muchos años anduvo lastimado de una pierna, y algunos antes que muriera se le pudrieron entrambas, de tal manera que siempre destilaba de ellas materia de día y de noche. Por lo cual le jubilaron los prelados del trabajo ordinario; y él se pasó a vivir a la enfermería en la celda que dijimos. Y como estaba acostumbrado a mucha aspereza y a no dormir en cama, así tampoco quiso usar de ella lo que le restaba de la vida; mas dormía recostado en una silla atravesado el bordón que traía de ordinario, entre el espaldar de ella y sus mismas espaldas, y

Cama en que dormía

en la delantera sobre los brazos de ella, una tabla de un palmo de ancho sobre que ponía los codos y reclinaba la cabeza. Y porque los manantiales de las piernas eran continuos y no bastaban a su parecer vasijas para recoger el mal humor que de ellas destilaba, hizo para ello un hoyo en lo encalado del suelo de la celda debajo de una tabla llena de agujeros a donde tenía los pies; y así se recogía y conservaba allí más de un azumbre de él entre día y noche, líquido y sin mal olor, aunque la celda olía mal por tenerla casi siempre cerrada. Tenía casi cada día calentura y continuos dolores tan intensos en las plantas de los pies, que muchas veces se los quisieron abrir; de donde le resultaba otro mayor mal que era no poder dormir. En todo lo cual fue siempre pacientísimo; nadie le vio jamás triste por ello, ni quejarse de estos ni de otros trabajos que padeció; mas estaba siempre alegre, y por ello daba como otro Job muchas gracias a Dios. Suplicábale encarecidamente le hiciera en ellos del todo semejante a aquel pacientísimo santo y para esto le diera los gusanos que abundaron en las llagas de aquél y faltaban en las suyas, para que como a él le ejercitaran más en la paciencia. Y fue Dios servido de dárselos y en tanta abundancia, que hervían en las llagas. Y aunque éstos le sacrificaban y padeció este tormento los dos meses últimos de su vida, se regocijaba grandemente con ellos.

Siempre que le visitaban le hallaban ocupado en sus contemplaciones, y a los muy cordiales que le preguntaban cómo le iba y qué hacía, a lo primero respondía que bien porque le trataba Dios como a amigo y repartía con él de los favores que en un tiempo hizo al santo Job, y así le había dado para su consuelo unos criollos, y como no entendiesen este lenguaje, se explicaba con decir que eran unos gusanos nacidos de su misma carne en las llagas, los cuales mostraba con mucho regocijo y por amistad a los que en esto le hacían instancia; y a lo segundo respondía que pensando en Jesús, que era todo su consuelo, y que con él comenzaba y acababa en todas sus cosas. Decía que apenas podía acabar de rezar el rosario que comenzaba, por ofrecérsele otras consideraciones en que acerca de él se le ocupaba el entendimiento, cosa de que algunas veces recibía mucha pena, porque consideraba altamente que por muchas y buenas que sean las contemplaciones de la oración mental, nunca se ha de desamparar la vocal cual es el santo rosario y las horas canónicas que llamamos oficio divino, con que satisfacemos a nuestras obligaciones.<sup>126</sup> Porque esto es el fundamento de la verdadera oración, la

Importancia de  
la oración vocal

<sup>126</sup> Al oficio divino se le llama también horas canónicas porque se reza en partes y tiempos determinados por los cánones y leyes eclesiásticas. Consta de salmos, lec-

sustancia y el nutrimento de la vida espiritual. Y así aunque su conciencia era como de un ángel, rogaba al confesor le diera en penitencia el rezar el rosario, porque con esta obligación tuviese más cuidado de rezarle. Algún tiempo antes que muriera andaba y estaba siempre con capa; y preguntado por qué la traía, respondía que por hallarse del todo amortajado cuando pasase de esta vida. Tuvo revelación del día y hora de su muerte, que fue la víspera del glorioso arcángel san Miguel. Y así aquella mañana habiéndose confesado fue por sus pies al oratorio de la enfermería a donde recibió el santísimo sacramento por viático, y a unos religiosos que le preguntaron cómo se sentía respondió que bien porque aquella tarde tendría las vísperas de los ángeles en el suelo y las completas en el cielo. Y así fue que habiendo recibido el santo sacramento de la extremaunción, dio su bendita alma a Dios al tiempo que los religiosos o la mayor parte de ellos que estaban en completas decían aquel soberano cántico *nunc dimittis seruum tuum domine*,<sup>127</sup> con que el santo viejo Simeón pedía a Dios la muerte por haber visto a su hijo el redentor y salvador del mundo, encarnado, que es Cristo nuestro bien, porque como él deseaba y pedía a Dios esta hora, murió con el mayor sosiego del mundo, sentado en aquella silla sin otro accidente de enfermedad más de los dichos, en el mismo convento de Santo Domingo de México a los 28 de septiembre del año de Cristo 1605, que fue miércoles, víspera del glorioso arcángel san Miguel, a las cinco y media de la tarde, y hasta aquel punto guardó la abstinencia de su orden, porque comía los manjares de ella que son cuaresmales como se comen en el refectorio (sin usar de otro algún regalo), los cuales le llevaba de la cocina un niño indio huerfanito de cuatro o cinco años que Dios le deparó (al cual llamaba el Ángel), y en pago

ciones de la Sagrada Escritura, de los santos padres de la Iglesia y de otras oraciones, que se distribuyen a lo largo del día en un ciclo semanal. Las horas canónicas son: maitines, oración que se hacía en la madrugada; laudes, o alabanzas del amanecer; las horas menores — prima, tercia, sexta y nona —; vísperas, oración que se hacía al ponerse el sol, y finalmente las completas, oración nocturna. Daniel Ulloa, *op. cit.*, p. 216-217. La obligación del rezo de las horas canónicas se encuentra ya registrada en las Constituciones primitivas de la orden, redactadas por el propio santo Domingo: “Confirmamos todo el oficio, tanto diurno como nocturno, y queremos que sea observado con uniformidad por todos, de tal manera que a nadie le está permitido, en lo venidero, hacer alguna innovación.” “Constituciones antiguas de la Orden de Predicadores”, en *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento*, edición dirigida por Lorenzo Galmes y Vito T. Gómez, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1987, p. 732.

<sup>127</sup> Se refiere al pasaje donde Simeón, al ver a Jesús niño en el Templo dice: *Nunc dimittis seruum tuum Domine Secundum verbum tuum in pace*. Lucas 2. 29. Significa: Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz.

de este beneficio, demás de encomendarle a Dios le enseñó a rezar y la lengua española. Al mismo punto que expiró cesó el mal olor de la celda y se sintió otro de mucho consuelo para los que se hallaron en ella, que fueron muchos. Diósele sepultura en el capítulo del mismo convento en la sepultura sexta del orden tercero de las sepulturas, según la cuenta que arriba pusimos.

Entre los religiosos de la misma orden que el año 1603 iban para las islas Filipinas y llegaron al mismo convento, había uno que entendía de cirugía y movido de caridad se aplicó a curar al bendito fray Diego; al cual dijo muchas veces que entendía no se había de embarcar ni pasar adelante; porque Dios quería que se quedase y le curase. Y así fue que el religioso aunque llegó al puerto de Acapulco, con ánimo de embarcarse, no lo hizo; mas se volvió al mismo convento de México a donde prosiguió en curar al bendito fray Diego y lo hizo hasta que expiró, y el bendito fray Diego le dio en pago de esta buena obra la cruz que traía en las espaldas, la cual vi yo en su poder de la manera que dije. Y antes de esto le había dicho y revelado una cosa que el mismo religioso traía en su corazón, tan secreta que sólo Dios y él la sabían; por todo lo cual entendió claramente que Dios había revelado aquello al bendito fray Diego y dotádole del espíritu de profecía. 1603

## CAPÍTULO 26

### DEL BENDITO FRAY LUCAS DE LA MAGDALENA, LEGO

Fue el bendito fray Lucas de la Magdalena natural de una aldea junto a Ciudad Rodrigo y a la raya de Portugal. Y aunque de nación castellano, hablaba siempre portugués por haber vivido los primeros años de su mocedad en Portugal. Fue pastor en su juventud y siempre hombre simple y sin doblez. Pasó a esta Nueva España, y tomó el hábito de lego en Santo Domingo de México el día de san Lucas, y profesó en el mismo, que es a los diez y ocho de octubre del año siguiente de Cristo 1566 por lo cual se mudó el nombre propio en el de Lucas, y después se llamó de la Magdalena por la gran devoción que tuvo a esta gloriosa santa, porque antes de fraile se llamaba Hernández; y fue su maestro de novicios el santo fray Tomás del Espíritu Santo. Su vida fue siempre muy santa y ejemplar, y su conciencia como de un ángel; muy obediente y sin perjuicio de nadie. Comía sólo pan y agua todas las cuaresmas y advientos y casi la mayor parte del año. Era muy dado a la oración y muy amigo de oír misas, y así las 1566